



Padre y hermano, como San José

Como cada año, en torno a la fiesta de san José, la Iglesia celebra el día de Seminario. Y este año, si cabe, lo hacemos con más alegría y entusiasmo, al coincidir con el Año de San José, declarado por el Papa Francisco.

Por esta razón, el lema elegido para este año, «Padre y hermano, como San José», quiere reflejar cómo cada sacerdote, bajo el cuidado de san José y la mano providente de Dios, es enviado a cuidar la vida de cada persona, con corazón de padre y, sabiéndose a la vez, hermano de todos.

Y es que cada Seminario, a semejanza del hogar de Nazaret, quiere ser ese lugar en donde se cuida y haga crecer el don de Dios, la escuela en la que quienes se preparan para el sacerdocio, dóciles a la llamada recibida, van configurando su vida con Cristo, al que después servirán durante toda su vida.

Nuestro Seminario Diocesano de Sigüenza-Guadalajara, cuenta este curso con tres seminaristas, Enrique, Emilio y Diego, que residen, durante la semana, en el Seminario conciliar de Madrid, donde cursan sus estudios, y, durante el fin de semana,

en Guadalajara, desde donde acuden a las parroquias en las que realizan su formación pastoral.

Precisamente, este fin de semana, dos de nuestros seminaristas daban otro paso en su camino hacia el sacerdocio, recibiendo el Rito de Admisión a las Sagradas Órdenes y los Ministerios de Lector y Acólito, dos momentos importantes en su itinerario hacia el sacerdocio.

Desde estas páginas, como cada año, os invitamos a colaborar con vuestro cariño, vuestra oración y vuestra ayuda, con nuestro Seminario diocesano. Y también a orar cada día, para que no falten en nuestra Iglesia diocesana, vocaciones al sacerdocio. Jóvenes que, respondiendo a la llamada del Señor, ofrezcan su vida al servicio del Evangelio y sean, en medio de nuestro mundo, signos vivos del amor misericordioso de Dios y de la presencia de Jesucristo, el Señor, en medio de nosotros.

Oración

*Dios, Padre de todos,
que has dado la vida a los hombres
para que te conozcan
y te alaben agradecidos,
danos la alegría de sentirnos
un solo pueblo tuyo.*

*Señor Jesucristo,
que te has abajado
para ser nuestro hermano
y caminas junto a nosotros,
enséñanos a no pasar de largo
ante el dolor del hermano caído
junto al camino.*

*Espíritu Santo,
vivifica y mueve el corazón
de nuestros pastores
para que experimenten cada día
el consuelo de caminar
como hermanos, en medio
del pueblo, haciendo presente,
como san José, la ternura
del Padre.*

*Alienta en el corazón
de muchos jóvenes
la llamada al sacerdocio para que,
hombres de comunión,
sirvan en la Iglesia y cooperen,
por el anuncio del Evangelio,
a alcanzar la fraternidad
universal en ti.*

Amén.

Una llamada y muchos deseos

Por Diego Gonzalo Moreno,
seminarista 5º curso de teología

Ser llamado significa que eres importante para alguien, quien llama, que es Padre y es Dios, con lo que, al menos yo, prestaré atención.

Y esto es lo que sucedió: un buen día, mientras estaba en oración, como el profeta Daniel, descubrí que Dios me llamaba. Antes de ver en qué aventura me embarcaba vi que era Dios quien llamaba. ¡Dios mismo! ¿Pero eres consciente de lo que significa que Dios te llame, que cuente contigo? Primero porque eres su hijo y, en segundo lugar, porque te necesita. Que Dios ha elegido necesitar de ti, para llegar a tantos que no le conocen, que andan como huérfanos sin conocer a su Padre, como hijos perdidos, mendigando felicidad en diversos lugares, fuera del auténtico hogar del amor, mendigando el abrazo intenso y eterno un Padre que no puede dejar de amar.

Como comprenderéis, viendo quién me llamaba, no pude resistirme y, desde hace diez años, diariamente procuro caer en la cuenta de esto, con la esperanza de que algún día, amando a Dios, a mi Padre, a mi Cristo, pueda amar mejor a cada hermano con el que me encuentre, con delicadeza, con escucha atenta.

No estamos hechos para la conformidad mediocre, sino para grandes deseos, como santa Teresita de Lisieux, una humilde carmelita que es patrona de las misiones. Mi anhelo es conocer a Cristo, hasta el punto de que, poco a poco, mi pobre vida sea encarnación diminutiva de Jesús. Mi segundo gran deseo es que el mundo lo conozca, un mundo sediento de verdad, de autenticidad, de eternidad. Y ese mundo no es otra cosa que cada persona con la que detenidamente puedo tratar cada día.

Y aún tengo otro gran deseo: ser sacerdote. Porque Dios me ha mostrado este camino para dar vida; anunciando su Palabra y celebrando los sacramentos, y muy particularmente la Eucaristía. ¡Qué locura más hermosa poder tomar con tus manos a Cristo y llevarlo hasta lo más íntimo de nuestro ser! Y ¡qué gran misterio el sacramento del perdón! Ese don tan apreciado y necesario en las familias, en las amistades, en las parejas. Poder ofrecerlo en nombre de Dios, que es lo mismo que decir que el amor de Cristo vale mucho más que todos mis pecados.

Ser sacerdote es preciosísimo, y no me arrepiento de un solo paso dado en esta dirección. Por eso, os invito a que os atreváis a descubrir el proyecto que Dios tiene con cada uno de vosotros.

Y por último, comparto con vosotros la alegría de recibir este fin de semana, el *Rito de Admisión*, que es la primera confirmación eclesial de mi camino hacia el sacerdocio, que pasa por seguir a Jesús y configurar mi vida con Él. Rezad por mí y por todos los seminaristas, para que seamos dóciles y fieles a la llamada del Señor.

Una mirada a San José en el camino hacia el sacerdocio

Por Emilio Vereda Cuevas,
seminarista 5º curso de teología

Dentro del camino formativo hacia el sacerdocio, hay diferentes pasos que se realizan de forma previa a la ordenación sacerdotal.

El segundo de estos pasos es la Institución de los Ministerios de lector y acólito. Estos Ministerios están dedicados a un servicio estable y específico a la Palabra y al Altar, respectivamente. De esta manera, la Iglesia confiere al candidato, el cuidado de los tesoros más grandes que tiene: la Palabra de Dios, en la que el Señor nos habla, y la Eucaristía, donde Cristo está verdaderamente presente.

Gracias a Dios y a la Iglesia, he sido instituido lector y acólito este fin de semana, en el que celebramos el *Día del Seminario*, en el marco de la solemnidad de San José. Estando cursando 5º de teología supone una gracia de Dios esta celebración pues, por un lado, voy viendo cómo poco a poco, y con la ayuda de los formadores, voy creciendo en la vocación sacerdotal a la que el Señor me llama, y, por otro lado, el celebrarlo en el marco de la fiesta de San José, cuyo año estamos celebrando, supone tener aún mucho más presente al Santo Patrón como modelo en mi seguimiento de Cristo.

Sin duda, mirando a San José puedo descubrir ese cuidado discreto, atento y fiel al que, como futuro sacerdote, estaré llamado a tener con todo el Pueblo de Dios, y que ya, ahora, como seminarista debo ir cultivando. Mirando a San José surge mi oración agradecida por mi familia, especialmente por mi padre, y por aquellos amigos que desde su preocupación y cariño hacia mí, han tomado el mismo papel que San José tomó con el Señor.

Pero sobre todo, mirando a San José, puedo descubrir la cercanía, preocupación y ayuda paternal de los sacerdotes que me han acompañado y me acompañan en este camino; del resto de seminaristas con los que comparto vocación, vida y misión; de la vida consagrada que con su oración y sus sacrificios me sostienen; y, por supuesto, de tantos fieles laicos que con su plegaria, su testimonio y su entrega me ayudan a seguir caminando. ¡Gracias por todo ello!, y que el Señor, mediante la intercesión de San José, recompense tanta generosidad y siga enviando trabajadores a su mies.



Diego Gonzalo



Emilio Vereda